

Misael Moya  
Méndez

*Utilidad de una  
investigación en Cuba  
acerca de las  
erratas editoriales*



Entre países con una trayectoria editorial secular, como España, Inglaterra, México y Estados Unidos, promueven la realización sistemática de investigaciones en el campo de la edición de textos, y tras siglos de acumulación de saberes teóricos y prácticos exhiben lo que podría definirse como toda una cultura de la edición — sustentada en elevadísimos volúmenes de producción editorial, amplia diversificación de las tipologías de presentación y comercialización del texto impreso, desarrollo casi rutinario de ediciones bajo categorías de mediana y alta complejidad,<sup>1</sup> implementación de diversos sistemas para la superación y/o formación posgraduada de editores, supervalorización bibliológica y alta cotización en mercados de numerosas producciones nacionales, mayor preparación editorial de escritores y autores de todo tipo, entre otras razones —, Cuba marcha a la zaga aun cuando contemporáneamente se estén dando algunos pasos positivos, y su mercado editorial padece fenómenos negativos que requieren atención inmediata.

Tras la política de masivización de cultura, que a partir del año 2000 potenció el desarrollo de diversos proyectos culturales

<sup>1</sup> En una publicación personal ya se ha defendido una propuesta de categorías de labor en edición de textos, divididas las tipologías en tres grandes grupos que son: 1) ediciones de baja complejidad (edición ordinaria y autoedición); 2) ediciones de complejidad media (edición aumentada, edición corregida, edición ilustrada, edición facsímil y dirección de edición); y 3) ediciones de alta complejidad (edición abreviada, edición anotada, edición especial — que puede ser de jubileo, artística, políglota y de bibliófilo —, edición al cuidado — por encargo —, versión editorial y edición crítica). Para una mayor comprensión véase Moya Méndez, 2003.

entre los que se cuenta la actividad editorial, sin duda se ha podido apreciar un incremento notable de las opciones que, en forma de libros y revistas, el hombre tiene al alcance de la mano. Ese incremento cuantitativo tiene una importante repercusión cualitativa. De hecho, «el desarrollo de las civilizaciones está siempre vinculado con la lectura e interpretación de los autores, por lo que el valor de las estadísticas cobra aquí su más claro sentido: a mayor número de lectores, más procesos civilizadores se propician.

»Es en el proceso de representación e interpretación en el que se produce el proceso civilizador» (Trillas, 2000: 12).

Ahora bien, junto al incremento del volumen de producción de las casas editoriales ya existentes hacia 1999 y la fundación de nuevas empresas de tal tipo o de publicaciones de carácter periódico —incrementos productivos que no han estado amparados por incrementos de las plantillas técnicas—, también algunos fenómenos negativos propios del medio han venido a presentarse con una frecuencia mucho más elevada; tanto es así que, en el caso específico de la errata, esta ya no parece un detalle negativo en un impreso, sino un elemento más —diríase que rutinario— de la morfología del texto.

En noviembre de 2000, durante las sesiones del I Taller Nacional de Edición y Diseño por el Sistema de Impresión Digital, celebrado en la ciudad de Santa Clara, en la mesa redonda «Villa Clara: una experiencia editorial integral» se hacía el siguiente llamado de atención a propósito de la masivización de cultura y sus retos editoriales: «la realidad nos dice que hemos recibido una tecnología sofisticada [...] pero que no hemos recibido plazas. Y la maquinaria editorial requiere de editores también talentosos, y requiere de buenos redactores de estilo capaces de asesorar literariamente a los creadores, y requiere de buenos diseñadores y correctores bien entrenados. [...] He ahí algunos de los retos de los editores ante la masificación de la cultura: [...] el cuidado de la edición en materia estilística, gramatical, ortográfica, artística, la búsqueda incesante del diseño mejor, porque todos los libros —hablen de lo que hablen— enseñan ortografía, y enseñan léxico, y enseñan sintaxis, y enseñan buen gusto». (Moya, 2000a: 5)

Con posterioridad, en una publicación de importancia metodológica se ampliaba al respecto de la trascendencia y las

funciones sociales del libro, por medio de los comentarios siguientes:

- a) «nadie podrá negar jamás que antes de cambiar de impresión directa a indirecta, antes de ser objeto de una atención artística superior en su tratamiento editorial y presentación, antes de estar regido por leyes y reglamentaciones de naturaleza jurídica, extendidas incluso a la esfera comercial, antes de ser resultado de un gran proceso establecido y dirigido administrativamente a gran escala — y esto, por mencionar apenas algunos pocos ejemplos de cambio y superación —, el libro fue y el libro es un texto escrito, una secuencia de significantes y significados resultado del pensamiento humano»;
- b) «el libro va a trascender primero por su contenido, necesariamente vinculado a su condición de texto, y por ende a sus aspectos lingüísticos y literarios»;
- c) «cada libro nuevo que ve la luz pasa a ser tenido por los lectores, de manera automática e incuestionable, como un modelo en materia del idioma y la lengua, y a disfrutar, desde el punto de vista de su contenido textual, de una suerte de opción paralela: la consulta de cuestiones lexicales, semánticas, sintácticas, ortográficas» (Moya, 2000b: 8, 10 y 9).

He ahí el interés por que el texto publicado exhiba siempre un nivel elevado de calidad desde estos puntos de vista.

Recientemente, algunas publicaciones dan cuenta del problema sobre el que se discurre. En especial, el artículo «¡Eh, ratas! Monstruos *vs.* editores» (Toledo Sande, 2003) ofrece importantes consideraciones sobre las posibles causas en diferentes casos, todos ellos tomados de la tradición oral y el folklore del editor, y algunos provenientes de la experiencia profesional del propio autor, pero sin ánimo de convertirse en una rigurosa investigación científica y sin objetivos más allá de los esencialmente didácticos.

En España acaba de ser publicado con el título de *Vituperio (y algún elogio) de la errata*, un gran inventario del fenómeno, obra del autor José Esteban; pero a partir de las reseñas que han podido ser localizadas, se sabe que la obra no parece albergar tampoco intenciones más allá del simple ejercicio descriptivo de todo inventario.

Un autor mexicano (Zavala, 1991) dedica un espacio algo más serio a la problemática en una obra considerada en su país como un clásico para la formación de editores: *El libro y sus orillas*. En su exposición, el fenómeno aparece, a la par que descrito, explicado desde varios ángulos y reforzado con una serie de consejos de elevado valor en pos de poderlo combatir. Pero la obra adolece igualmente de una investigación científicamente rigurosa; sus ejemplos proceden más del apunte ocasional y de la memoria testimonial del editor, que de una labor de revisión a fondo en ediciones por períodos, editoriales, géneros, países, etcétera. No obstante, este trabajo sirve a la hora de intentar una aproximación al concepto de errata.

El origen de la errata se remonta al de la escritura misma. Al respecto puede hallarse que «En la primera tablilla de barro que se inscribió a cincel en Ur hay un carácter cuneiforme equivocado» (Pacheco, 1987); y en su *Arte poética* Horacio alude al copista que «a pesar de las advertencias, comete el mismo error una y otra vez» (citado por Zavala, 1991: 355). De manera que la errata precede a la Imprenta —extraordinario suceso cultural que revolucionara el mundo—, y tras la invención de esta última halló terreno propicio para sobrevivir y multiplicarse ahora en centenares y miles de copias idénticas.

Hasta el presente, el concepto de errata ha sido formulado de manera bastante superficial. Para la generalidad de los autores, cuenta como errata cualquier error que aparezca en un texto impreso, si bien obras referativas como el *Diccionario de la Real Academia Española* extienden algo el concepto: «Equivocación material cometida en lo impreso o manuscrito». Pero no todo error tiene igual categoría. Tal vez por eso, autores como Toledo Sande, en medio de jocosas disertaciones, adviertan que «así como se distingue entre *error* y *horror*, debería distinguirse entre *erratas* y *horratas*» (:7). Y en el camino de este mismo autor ha habido formulaciones como las del mexicano Alfonso Reyes, quien llegara a recurrir al léxico técnico de las ciencias biológicas para aludir a la errata como a «viciosa flora microbiana, siempre tan reacia a todos los tratamientos de la desinfección» (citado por Zavala, 1991: 356).

De la impresión directa a la impresión indirecta (offset), de la composición en caliente a la composición en frío, de la composi-

ción en frío a la preferencia por el trabajo con ordenador e impresora láser (vigente en Cuba), ha habido un sinnúmero de inventos y adaptaciones técnicas dirigidas sobre todo a agilizar el proceso de producción editorial, a hacerlo más barato y menos engorroso, a producir una obra de impresión más nítida e ilustraciones de mayor fidelidad; pero si bien esta sistemática evolución de la imprenta ha conseguido estos y otros resultados positivos, no ha podido conjurar el mal de la errata, aun cuando año tras año se sucedan versiones mejoradas de los *softwares* existentes para el procesamiento del texto, capaces ya de ofrecer facilidades y ayuda al editor para el perfeccionamiento de la obra y hacer muy ágil toda clase de intervención y corrección sobre la elaboración del llamado arte final.

El adelanto de la tecnología no podrá ser jamás menospreciado, y pecaría de injusto quien afirme que procesadores comerciales muy simples como el Microsoft Word y procesadores profesionales muy complejos y completos como el InDesign o el PageMaker no ofrezcan las facilidades para las que han sido creados, y que son, ciertamente, muy operativas y funcionales. Hay que profundizar entonces en el elemento humano que interactúa con dichos sistemas para comprender la génesis de la errata y el porqué de su contemporánea reproducción acelerada. La causa debe de estar, indudablemente, en los propios editores, redactores de estilo y correctores, en una supuesta pérdida de la cultura editorial y del texto, en una preparación filológica endeble que habrá de ser enfrentada.

A partir de todas estas circunstancias, se ha propuesto recientemente una investigación provisionalmente titulada «Filología y edición de textos: contribución a una teoría del origen, las tipologías y la prevención de las erratas editoriales», parte de la cual ya se encuentra bastante adelantada, y cuyo método podría servir a otras similares con el propósito de profundizar mucho más en problemas de la praxis editorial nacional, y garantizar intervenciones positivas futuras desde el punto de vista científico-técnico.

Para el desarrollo de una primera investigación piloto se ha tomado una casa editorial provincial —seleccionada como representativa<sup>2</sup>—, y se ha revisado toda la producción correspon-

<sup>2</sup> Se ha considerado conveniente que sea una editorial provincial, por cuanto estas casas editoras han sido las más afectadas positivamente por el incremen-

diente a un año —seleccionado también como un año representativo de la producción de dicha editorial<sup>3</sup>—; luego se han clasificado las erratas detectadas, se ha procedido a tabular las mismas y se ha iniciado el ejercicio de análisis pormenorizado de cada tipo, lo cual lleva a interesantes planteamientos vinculados con los géneros en la literatura y las etapas y los factores de un proceso editorial.

Desde el punto de vista de la estilística de la lengua española, y en medio de la eterna discusión entre puristas e innovadores, se presentan numerosos vocablos que al amparo de unos géneros literarios —y no de otros— pueden ser permisibles de manera natural, pero que en otras circunstancias escriturales constituyen erratas evidentes que no pueden trascender durante el proceso editorial. Entre ellos caben aquellos considerados «malas palabras», que si bien pueden justificar su presencia en los parlamentos de un personaje marginal en una obra de narrativa para adultos, o acaso en un ensayo de corte lingüístico o en léxicos especializados, puede no ser permisible en textos de otro

---

to en la producción de libros en los años de la masivización de la cultura, también porque dichas casas —a diferencia de las editoriales nacionales, que suelen tener un perfil editorial comprometido con una clase o género específico de literatura— publican obras de todos los géneros, con lo cual son mayores las posibilidades para comprender comportamientos de un fenómeno en diferentes terrenos de la literatura; así como porque las casas provinciales dan preferencia a los autores de la misma zona, lo cual facilita localizarlos con rapidez para efectuar consultas. Por otra parte, se ha considerado que la editorial seleccionada cuente más de diez años de labor ininterrumpida, es decir, un lapso adecuado como para la asimilación de una cultura editorial profesional; que su trayectoria exhiba calidad y competencia, en este caso: premios, participación en ferias expositivas dentro y fuera del país, edición bajo categorías de diversa complejidad, etcétera; y que tenga una determinada cantidad de técnicos —sean de plantilla o contratados— graduados universitarios, de manera que las erratas que puedan ser registradas no puedan ser achacadas a insuficiencias de una sola persona y sí puedan verse como generalidades del trabajo editorial provincial y nacional. En virtud de lo anterior, fue elegida la Editorial Capiro de la provincia de Villa Clara.

<sup>3</sup> Se ha preferido considerar un año reciente, que se inserte en el período de la masivización de cultura (esto es, a partir del año 2000), en el cual la producción de la editorial haya sido considerablemente mayor que en los años anteriores, y que revele una diversidad de géneros literarios suficiente para dar amplitud y rigor al trabajo. El año 2002 exhibe más de treinta títulos en la casa editorial elegida.

género literario como el ensayo histórico, artístico o filosófico, o en obras de narrativa infantil. De igual modo sucede con casos de pronunciación afectada, apócope, asimilaciones y otros fenómenos que en géneros como el testimonio pueden trascender a las páginas en virtud precisamente de su carácter testimonial y caracterológico.

Fuera de casos como los reseñados, ya en el terreno de las erratas que han podido ser clasificadas como tales —y en cuya defensa no obran fenómenos de la lengua hablada que tengan cabida ni justificación—, el hecho de que un proceso editorial atraviese un mínimo de etapas ya tradicionales en las cuales se ha de resolver al respecto de problemas distintos, permite asociar la recurrencia de ciertos errores con la violación o subversión de etapas específicas del proceso y no de otras; de más está decir que por cuanto cada etapa del proceso atañe a un factor específico, la responsabilidad intelectual y material del error también puede quedar perfectamente delimitada, y en tal sentido se puede llegar a conformar toda una visión actualizada al respecto de aspectos tales como:

- a) cantidad de etapas que están vigentes —o están siendo respetadas— en los actuales procesos editoriales en Cuba, y etapas que están siendo ignoradas o subvertidas;
- b) factores del proceso (técnicos y especialistas) implicados en cada etapa y preparación técnica profesional que manifiestan con el resultado de su labor;
- c) errores y fenómenos más recurrentes, hacia los cuales debe enfocarse el futuro de la formación y superación de editores en el país;
- d) problemáticas que, al manifestarse, revelan una pérdida de la cultura lingüístico-literaria en nuestros técnicos, y en función de las cuales también habrá de enfocarse la debida superación profesional.

Los resultados parciales de este primer ensayo investigativo aún se encuentran en proceso de análisis;<sup>4</sup> sin embargo, mani-

<sup>4</sup> Entre los fenómenos que se presentan en mayor cifra pueden señalarse los usos invertidos de homófonos, los usos errados de gerundios, los errores de concordancia en oraciones subordinadas, los errores de acentuación ortográfica en diptongos e hiatos y numerosos problemas con signos de puntuación como la coma y conjugación de tiempos verbales del modo subjuntivo.

fiestan ya el valor utilitario que dicho trabajo reviste desde el momento mismo en que puede aportar una evaluación de la calidad de las publicaciones y de los problemas más recurrentes que en materia de la lengua y el texto se reiteran. Sobre la base de estos resultados se puede proyectar el plan temático de numerosas asignaturas, disciplinas y sistemas de educación de posgrado dirigidos a la superación de editores, correctores y redactores de estilo, lo cual debe repercutir de manera positiva en el público lector sobre el cual cada obra publicada, como ya se ha apuntado con anterioridad, influirá desde numerosos ángulos formativos, partiendo siempre del estrictamente lingüístico gramatical.

Por otra parte, desde otro ángulo de utilidades de los resultados de esta investigación, puede señalarse la problemática relacionada con que algunos casos de erratas resultan de la oposición de la Norma regente a su uso —en tanto la Real Academia de la Lengua Española, más que una institución descriptiva, es prescriptiva—, resultan, pues, de la negación de dicha Norma a determinadas tendencias del español contemporáneo en tanto lengua viva y en evolución, algunos de cuyos fenómenos han sido aceptados en unos casos y no en otros que han quedado a la espera de resultados científicos filológicos que los respalden para una futura aceptación y prescripción. Entre estos, han de apuntarse algunos fenómenos de lexicalización aún no autorizados, pero de uso generalizado y justificación morfológica indiscutible.

Con tales presupuestos y este antecedente descrito, es interés primordial defender un grupo de investigaciones debidamente coordinadas en torno a las erratas editoriales en Cuba, las cuales estarían en función de superar la imagen y la calidad del libro cubano y de garantizar una intervención sobre el público lector de una manera mucho más eficaz en tanto certera y no equívoca, en plena concordancia con las orientaciones de las actuales políticas de masivización de cultura, y bajo el reconocimiento de los fenómenos sociológicos de la literatura desde sus mayores complejidades, partiendo de la necesaria funcionalidad de la obra hasta entroncar con el principio de la educación como cimiento de la sociedad en que vivimos.



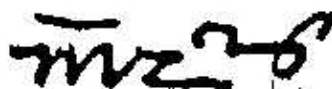



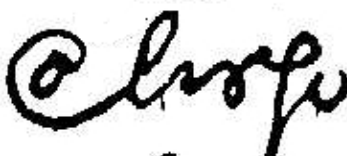


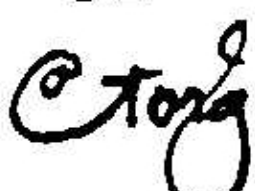
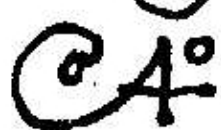
## Bibliografía

- ESCARPIT, ROBERT: *Sociología de la literatura*, 200 pp., Cuadernos de Arte y Sociedad, 6; Instituto del Libro, La Habana, 1970.
- MOYA MÉNDEZ, MISAEL (2000a): «Masificación de cultura y retos editoriales», *La Letra del Escriba*, (1): 5; Instituto Cubano del Libro, La Habana, dic., 2000.
- \_\_\_\_\_ (2000b): *Dos lecciones editoriales*, 34 pp., Ediciones Capiro, Santa Clara.
- \_\_\_\_\_ (2003): «Categorías de trabajo en edición de textos: breve experiencia con publicaciones cubanas y extranjeras», *Islas*, 45 (135): 27-48; UCLV, Santa Clara, ene.-mar., 2003.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO (1987): «Posdata sobre la errata», *Proceso*, México, 15 de junio de 1987.
- SMORKALOFF, PAMELA MARÍA (1987): *Literatura y edición de libros: la cultura literaria y el proceso social en Cuba (1900-1987)*, 372 pp., Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1987.
- TOLEDO SANDE, LUIS (2003): «¡Eh, ratas! Monstruos vs. editores», *Islas*, 45 (135): 7-21; UCLV, Santa Clara, ene.-mar., 2003.
- TRILLAS, EDITORIAL (2002): *Manual del autor*, 44 pp., Editorial Trillas, México D. F., 2001.
- ZAVALA RUIZ, ROBERTO (1991): *El libro y sus orillas*, 397 pp., UNAM, México, 1998 ●



El  
debe de  
13e

MUESTRA DE ABREVIATURAS PALEOGRÁFICAS

	mercaderías
	merced
	mill
	ninguna
	obispo
	obligo
	oficio
	otorgante
	otro